

Eugenia Sacerdote de Lustig

Ficha personal

Médica

Trabajó como científica del CONICET hasta sus 90 años.



Italiana de nacimiento, Eugenia Sacerdote de Lustig entregó a la Argentina sus mejores años de investigadora. Las leyes antisemitas promulgadas por el gobierno fascista de Mussolini la obligaron a emigrar cuando se desempeñaba en la cátedra de Histología de la Universidad de Turín, uno de los centros de investigación más avanzados de Europa que dio al mundo varios Premios Nobel de Medicina.

Nació en 1910 y llegó al país veintinueve años después, recién casada con Maurizio Lustig. Antes de cruzar el Atlántico ya era especialista en una técnica aquí desconocida: el cultivo de tejidos vivos "in vitro".

Se graduó de médica con las máximas calificaciones. Se casó y tuvo una hija, Livia, pero no pudo ejercer: en 1938 le sacaron el carné de médica por ser judía, tras las leyes raciales de Mussolini. Su marido, Maurizio, trabajaba en Pirelli. La firma decidió mandarlo a la Argentina, donde pensaba establecer una fundición de cobre. Llegaron a Buenos Aires el 25 de julio de 1939. Pero a los pocos días al marido lo enviaron a Brasil, y ella se quedó varios meses acá, sola, sin conocer el idioma.

Finalmente, pudo unirse a su marido en Brasil. Luego volvieron a la Argentina, pero aquí a Eugenia Sacerdote no le reconocieron el título de médica, ni siquiera la escuela primaria, por lo que empezó a dar exámenes de historia argentina. Hasta que nació su segundo hijo, Leonardo, y no pudo seguir.

Como había trabajado en cultivo de células vivas en el laboratorio del profesor Giuseppe Levi, en Turín, se acercó a la cátedra de Histología de la UBA, donde la dejaron trabajar. "Naturalmente, no me pagaban nada. Pero había un fondo para reponer el material de vidrio del laboratorio que se rompiera. Y si no se rompía, me daban un pequeño sueldo", comentó en una entrevista realizada por La Nación y publicada el 25 de julio de 2006.

Luego, el director del Instituto de Medicina Experimental, hoy Roffo, la invitó a ir a trabajar allá, con células cancerosas, en 1947. En 1954, estando a cargo del Instituto de Virología del Instituto Malbrán, el Ministerio de Salud Pública la convocó para encarar la epidemia de poliomielitis, lo que la puso en constante riesgo de

contagio. La enviaron a Estados Unidos y a Canadá para estudiar la vacuna Salk. Al volver aquí, lo primero que hizo fue vacunar a sus propios hijos y decirlo públicamente, por lo que muchos se animaron a vacunar a los suyos.

En 1958, el rector de la UBA, Risieri Frondizi, le permitió presentarse a concurso, aunque su título fuera italiano, y ganó la cátedra de Biología Celular. Bernardo Houssay la llamó al Conicet en 1960 y permaneció en la carrera de investigador hasta el año 2000. A la cátedra renunció en 1966, cuando Onganía intervino las universidades. La noche que la Policía entró en Ciencias Exactas, se salvó de los golpes que sufrieron otros profesores porque había salido a hablar por teléfono a su casa para avisar que iba a llegar tarde.

Entre otros premios ganó el Hipócrates —el galardón más importante de la medicina argentina— en 1992. Ha publicado más de 180 trabajos en revistas científica nacionales y extranjeras y formó decenas de discípulos (desde la cátedra de Biología de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, por ejemplo) que alcanzaron, en muchos casos, el gran nivel profesional de su maestra.

Hasta que sus ojos le permitieron ver continuó con sus estudios sobre el Mal de Alzheimer, genética y oncología experimental. Fue investigadora superior del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), presidenta del Instituto de Investigaciones Médicas Albert Einstein y directora de Investigaciones del Instituto Angel Roffo. También fue declarada Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires.

El año pasado, a sus 95 años, presentó un libro autobiográfico, *De los Alpes al Río de la Plata*, donde cuenta las peripecias de su vida.

Hoy está casi ciega. Según ha confesado en distintas entrevistas, varias amigas leen para ella artículos científicos u otras obras que sean de su interés. Además, dispone de una máquina que reproduce oralmente escritos que le sean compatibles por su idioma y su tipografía y cada mes recibe de Italia un libro grabado en CD, de una biblioteca para ciegos, que tiene 10.000 volúmenes.

Fuentes: www.educ.ar - www.lanacion.com.ar